



OFRENDA DE LA GUARDIA REAL

Queridos hermanos,

En la celebración de esta Santa Misa en nuestra Catedral de Lugo, ofreceremos al Padre el sacrificio pascual de su Hijo, de valor infinito, por los difuntos y las intenciones de la Guardia Real, hoy aquí presente.

Este valor infinito del sacrificio de la cruz se refleja de algún modo en el Evangelio de hoy. Jesús tiene enfrente el odio de un mundo entero, que no lo considera cosa propia y lo rechaza incluso violentamente; porque no le pertenece, no se pliega ante su poder, no juzga según sus criterios o sus intereses, que, pudiendo cambiar según tiempos y circunstancias, siempre miran a la persona como realidad manipulable, como un recurso más, sin respetar su dignidad trascendente. Porque para el mundo nada hay que lo trascienda, él es el horizonte máximo y el criterio de la vida.

Pero el Señor Jesús ha sido enviado por el Padre eterno y abre el mundo a sus verdaderos horizontes, a una trascendencia radical: hacia Dios, origen y creador de cielos y tierra, y especialmente creador del ser humano, hombre y mujer, destinados a cuidar y gobernar la creación, hechos del polvo de la tierra pero dotados de alma inmortal, llamados a conocer a Dios, a ser sus hijos, a vivir a su luz y llegar a su gloria.

Sabemos que el Señor Jesús conocía y estaba unido al Padre, no veía la realidad y a los hermanos, a los hombres, a otra luz. No podía ni quería desistir de este Amor, de este designio del Padre Creador. Quería llevarnos a la Patria celeste, guiar nuestro camino, no dejarnos abandonados indefensos ante las fuerzas de este mundo.

Para el Señor fue totalmente verdad que esto lo demandaba el Padre, el honor de su nombre, y obedeció; que había una misión, un deber, y lo acató. No quiso vivir de otra manera, nuestro bien y nuestra salvación fue su pasión eterna. Luchó hasta la muerte, luchó por los suyos, para que no perdiéramos la Patria verdadera. Aceptó la cruz como destino, no negó jamás al Padre y su misión; no cedió a la mentira y la violencia, nunca flaqueó su corazón.

El Señor Jesús nos engrandeció para siempre. Esta es nuestra fe. Dios lo quiso y lo hizo. Nos enseñó a no vivir esclavos de este mundo, a levantar la mirada y saber de nuestra dignidad de hijos de Dios. Nos dio ejemplo y más aún, parte en su manera de vivir, en su Espíritu, en este Amor del que dice la Escritura que es "fuerte como la muerte" (Cant 8,6), que no retrocede ni ante el abismo, que bajó a los infiernos y salió vencedor.

Así lo anuncia su Pascua y lo decimos en el Credo: el Hijo de Dios hecho hombre, Jesús, murió en la cruz por nosotros y resucitó al tercer día.

El Señor ha resucitado y con él nuestra naturaleza humana, nuestra fe y nuestra esperanza; nuestro corazón ha vencido todo temor.

Tenemos la certeza de la victoria. Luchamos en este mundo, siempre, sin remedio, cada uno en su lugar. Pero sabemos ya que la muerte no es el final, que nos espera la Patria verdadera, por la que nos hemos sacrificado, el Reino de la vida y de la paz en que morar con todos los que hemos amado, con grandes y pequeños, con todo lo bueno, lo digno, lo honroso de este mundo; libres ya de lamentos, tribulaciones, sufrimientos.

Es la Patria conquistada para todos nosotros por el Señor Jesús al caro precio de su Sangre; en la que nos acogerá Él, que no desprecia a quien lo invoca, como nosotros hacemos ahora: según las intenciones de la Guardia real y a favor de nuestras familias, de nuestros pueblos y ciudades, de España y del Rey.

Que la Santísima Virgen María, Reina de cielos y tierra, nuestra Señora de los Ojos Grandes, interceda por todos nosotros y sea nuestro amparo, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

+ Alfonso,
Obispo de Lugo